

## Un real al mes

En Madrid para los suscritores á la Biblioteca Popular y Museo de las Familias, y 4 rs. por tres meses; en las provincias franco el porte.

## LA CRONICA.

## Dos reales al mes

En Madrid y 40 rs. por trimestres para los que no sean suscritores á la Biblioteca Popular y Museo.—Se publica todos los domingos del año.

## SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

## UNIVERSIDAD LITERARIA DE SALAMANCA.

(Histórico.)

Corrían ya los fines del siglo XII, cuando fué fundada la siempre célebre y nunca bien ponderada Universidad literaria de Salamanca, por el rey de Leon Alfonso IX hijo de don Fernando II. Esta fundacion se debió á la justa emulacion de la conducta de Alfonso VIII de Castilla, que pocos años antes habia establecido en la ciudad de Palencia, una Academia general de estudios, á la que convocó maestros y hombres doctos en todas las ciencias, señalándoles pingües salarios y rentas, para que no faltara quien tomara bajo sus hombros el grave peso de la enseñanza pública.

Apesar de las difíciles y apuradas circunstancias de aquellos azarosos tiempos, contaba el rey de Castilla con mas recursos, que su primo el de Leon; y por esta causa no la fundó este monarca con renta fija, ni señaló salarios para los que leyesen las ciencias; pero en cambio tomó á los maestros bajo su amparo y protección, y concedió privilegios y esenciones á los que viniesen á esta nueva ciudad de letras á oír ciencias, procurando por este medio darla un tono de representación y autoridad proporcionado al alto objeto de su institucion, que era la Instrucción general en todos los ramos del saber humano.

Habiendo recaído la corona de Castilla reunida á la de Leon en don Fernando III el Santo, por muerte de su padre Alfonso IX, dió una señalada preferencia á la Universidad de Salamanca sobre la de Palencia; y esta bien pronto dejó de existir; no porque se diera ningún decreto para su estincion, ni agregacion á la primera, como algunos creen equivocadamente, sino porque la situacion local de Salamanca, la salubridad de sus aguas y aires, (que el sabio rey don Alfonso dice en su código de las Partidas, que ha de tener el lugar donde se plantearen los estudios generales) y la opinion aventajada de que ya gozaban sus maestros arrojó á ella la concurrencia de estudiantes y la de personas de todas clases; lo cual reunido á la señalada protección y grandes honras y privilegios con que la distinguió el gobierno, contribuyó á que se consolidase este establecimiento, desapareciendo insensiblemente el de Palencia. La falta de dotacion á que debió quedar reducida esta Univer-

sidad, contribuyó sin disputa á su estincion; pues consistiendo sus rentas en asignaciones hechas sobre el Tesoro público faltarían estas, ya por la penuria y gastos extraordinarios que habia necesidad de hacer para sostener continuamente un numeroso ejército en pié de guerra y en diaria lucha, ya tambien por la preferente estimacion dada á la de Salamanca por el santo rey don Fernando.

Una inscripcion latina colocada en el claustro de las escuelas mayores de esta Universidad, conserva á la posteridad la memoria de este fausto suceso, en la manera siguiente:

ANNO DOMINI. M.CC.

*Alfonsus IX Castellæ Rex  
Pallantie Universitatem  
Erexit, quibus emulacionis  
Alfonsus IX. Legionensis  
Rex Salmanticæ idem  
Academiam constituit.  
Illa defecit deficientibus  
Stipendiis, hæc vero la illos  
Floruit, fuvente præcipue  
Alfonso Rege X.*

En tiempo del rey don Alfonso X, conocido justamente en la historia con el nombre del Sabio, puede decirse que llegó la Universidad de Salamanca al apogeo de su grandexa y brillantez. Este monarca no solamente confirmó todas las gracias que le habian sido concedidas por sus predecesores, sino que las amplió considerablemente, estableciendo nuevas cátedras de lenguas, de retórica, de medicina, de matemáticas, música y otras útiles enseñanzas, haciendo además consignaciones gratuitas sobre su erario para el sustento y decoro de sus maestros.

A ruegos de Alfonso X el papa Alejandro IV espidió en Nápoles en 1255 un breve de aprobacion de esta Universidad, con lo cual se la creyó mas legítimamente constituida y autorizada, conforme al sentimiento general de aquellos tiempos.

Este célebre cuerpo literario no solamente contó con la protección de los monarcas, de quienes llevamos hecha especial mencion, sino tambien con la de Alfonso XI, Enrique II don Juan I, don Enrique III, don Juan II, don Enrique IV, don Fernando V, el emperador Carlos V, su hijo Felipe

II, Felipe III y IV. Todos estos reyes manifestaron de una manera clara y espresa la precisión y cariño que tuvieron á este estudio general, ya mandando visitadores régios, como lo practicaron don Juan II, los reyes Católicos, el emperador Carlos V, don Felipe II, III y IV, ya estableciendo nuevas enseñanzas, confirmando las concesiones anteriores y otorgando otras de nuevo. Por esta causa no es difícil admirar que todos los sumos pontífices que se sucedieron en el gobierno de la iglesia continuasen dispensándola sus gracias, formando reglamentos y constituciones, enviando también sus visitadores y aun consultándola como una de las mas principales de Europa.

Si se pusiera en duda la nobleza de este cuerpo literario, entre las muchas pruebas que podríamos aducir en su obsequio, lo haríamos de un privilegio concedido á la ciudad de Salamanca, por don Enrique IV el *Impotente*, en la ciudad de Zamora á 28 de junio de 1468, por el cual se concede á sus vecinos de muros adentro la exención de «pechos y tributos que se hobiesen de pagar á fuero ó desafuero, á que andoviesen salvos é seguros por todas las partes de estos reinos, á que no pagasen portazgo, nin montazgo, nin pasage, nin peage, nin asadura, nin barcage, nin roda, nin castelleria, nin otro servicio alguno. . . . .»

«Por consideracion del Estudio general que está en la dicha Ciudad que es uno de los quatro estudios principales del mundo, é una de las cosas singulares que hat en mis reynos» (1).

Además de este auténtico documento, que tanto honra á la Academia salmanticense, nos refiere la historia que Inocencio VIII y Clemente VII, la escribieron cartas, haciéndola saber que habían sido electos sumos pontífices, y ofreciéndola su protección.

Uno de los principales fundamentos de la relacion y dependencia de la Universidad con los sumos pontífices, fué la concesion de la parte de diezmos llamada *tercia*, por Clemente V, en el año de 1315, y confirmada y ampliada despues por Benedicto XIII, que siendo cardenal había sido visitador de este estudio. Segun sus bulas expedidas en 1415 y 1416, resulta que creó nuevas cátedras, aumento sus dotaciones y concedió nuevos y singulares privilegios. Otro tanto hicieron Martino V y Eugenio IV el cual entre otras cosas concedió en favor de la instruccion pública, el privilegio de que los maestros de esta Universidad, durante el tiempo de la enseñanza estén dispensados de la residencia de los beneficios eclesiásticos que obtengan, aunque lo exija su institucion canónica.

Entre las varias enseñanzas que cuenta esta respetable Universidad, se numeran desde 1358, las

humanidades y lenguas orientales; y en el Colegio llamado Trilingüe, fundado por este mismo tiempo por la Universidad, las lenguas hebreas griegas y latina.

Esta Universidad usa el titulo de Pontificia y tiene por armas el escudo de la Iglesia con una orla en que se lee esta inscripcion latina «*Salmantica doces omnium scientiarum princeps*» siendo este un acto de reconocimiento conservado por los reyes, que al mismo tiempo se juzgaron siempre méritos y verdaderos patronos de este cuerpo literario; segun así lo espresó el rey don Juan II, en su cédula de 1412, no ocultándose al gobierno español la necesidad de valar sobre las doctrinas que se enseñaban en un estudio general, que tenía el primer influjo sobre todo el reyno, y daba el tono á las opiniones religiosas y políticas.

La influencia que sobre la Universidad de Salamanca había ejercido la silla Apostólica, se fué estinguendo insensiblemente por medio de los comisionados régios que mandaban con frecuencia los monarcas para la formacion de reglamentos, dirección de sus estudios y distribucion de sus rentas.

Estinguida en el día la prestacion decimal, en que consistian las rentas principalmente de esta Universidad, careciendo de la proteccion del gobierno, contando con no escaso número de enemigos, y no encontrándose en Salamanca mas que ruinas por do quiera, este cuerpo literario que fué el primero de la nacion, el primero de la Europa, el primero del mundo todo, se halla en el último periodo de su vida. Esta academia que contó basta diez y seis mil estudiantes en sus aulas algunos años, no cuenta en el día seiscientos. Apesar de todo se dice que nos hallamos en el siglo de las luces.

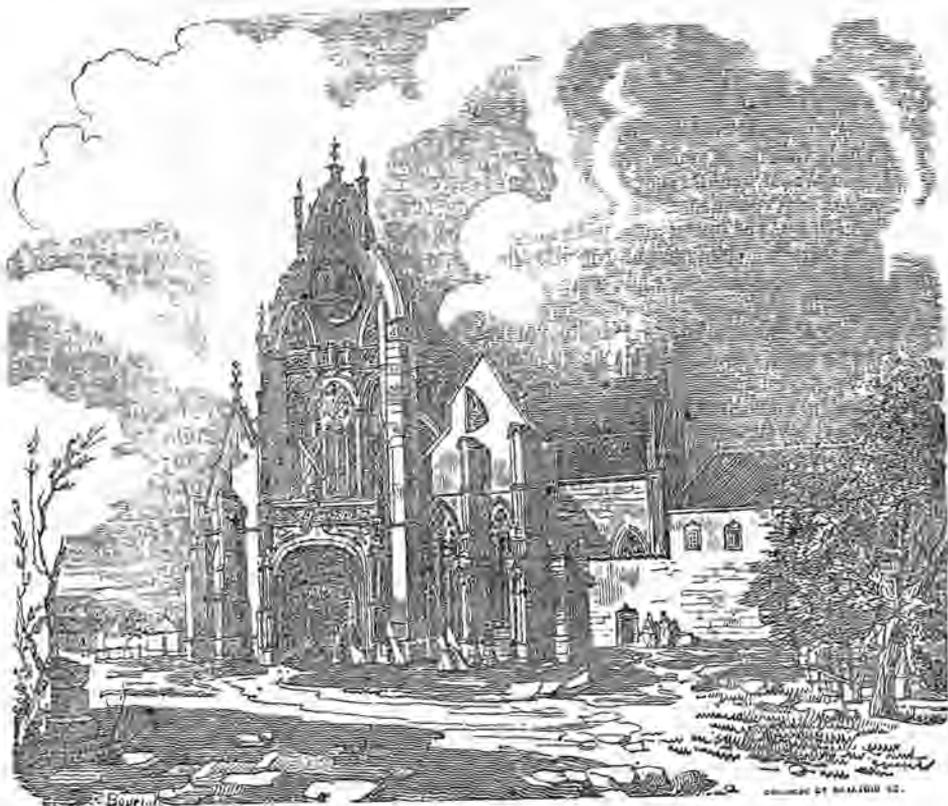
MANUEL GREGORIO MATA.

## EL REY JUAN FIRMANDO LA GRAN CARTA.

(Histórica.)

Una mañana del mes de enero de 1213, Langton el primo de Londres, salió de esta ciudad, descendiendo por el Támesis, hasta que llegó donde hoy se encuentra situado Greenwich, en cuyo parage hizo que el barquero alzase los remos y detuviese la carrera de la lancha que lo conducia; en esta época se designaba aquel sitio con el nombre de Bourgvert, en razon de sus hermosísimas praderas; y allí donde hoy se eleva el magnífico establecimiento fundado por Guillermo III, para retiro y descanso de los marinos que encaucen honrosamente en el servicio, en este mismo lugar tan rico y poblado hoy no se descubriría entonces mas que un conjunto de cabañas miserables. No queremos decir por esto, que

(1) Libros de Privilegios y confirmaciones en el Real Archivo de Simancas: libro número 4 de los Privilegios del rey don Enrique IV, artículo Salamanca.



en alguna época anterior no existiesen allí lugares mas florecientes, á lo menos cuando se alzaba la soberbia abadía de Greenwich, pero treinta años antes de cuando nosotros hablamos habia sido completamente saqueada, y presas sus inmensas bóvedas de las llamas, por una numerosa cuadrilla de bandidos flamencos de los que inundaban la Inglaterra; hombres perdidos y mercenarios dispuestos siempre á servir bajo las banderas de cualquier partido que los pagase. Tan pronto como saltó á tierra el primado, salieron á su encuentro para recibirle algunos clérigos, y despues de una corta y secreta conferencia, se encaminaron juntos hacia las ruinas de la abadía, donde le esperaba ya reunido en traje de sobrepelliz y estola un numeroso clero y algunos obispos con su mitra y su báculo. El primado se invistió tambien de hábitos pontificales y comenzó una súplica u oración que fué contestada por las voces de todo el clero. En seguida hicieron desfilar por delante del prelado á doce hombres armados de pfcos y azadas; cada uno al emparejar con el venerable anciano, presentaba su herramienta y este le daba su bendición. Acabada esta ceremóni-

nia fué conducido á su presencia un anciano, antiguo monje de la abadía de Greenwich que consiguió fugarse salvando su vida, cuando la ruina é incendio de la abadía; este monje se arrodilló ante el primado, que invocó sobre su cabeza la divina inspiracion; pero aun no se habia acabado este religioso ceremonial, cuando comenzaron á oír lamentos de perros, el agudo son de las cornetas, los relinchos de los caballos y en fin el tumulto y el estrépito de un gran numero de cazadores que parecia se acercaban cada vez mas á la comitiva religiosa. De allí á un momento apareció el rey Juan montado en un soberbio alazán y rodeado de su nobleza y sus monteros. Este rey Juan, que Walter-Scot nos ha presentado en su *Ivanhoe* tan fastuoso é indolente, se complacia en este tiempo en aparecer mas bien tirano, cruel y malicioso.

—Hola! dijo al acercarse; qué significa esta asamblea? Quién es el osado que sin mi permiso se atreve á convocar semejantes reuniones? Vais á deliberar sobre el destierro é inhabilitacion á que he sentenciado á los obispos Mansfell y Ormond, no obstante los anatemas fulminados

por el Santo Padre? si es para eso, ya he dado permiso para que os reunais, por la noche solamente en la iglesia de San Pablo, a fin de no ofrecer al pueblo el ejemplo culpable de resistir mis ordenes.

—Señor, respondió Langton, cada cosa se verificará en su lugar. Esta noche nos reuniremos en la iglesia de San Pablo, para examinar las causas de la inhabilitacion y sentencia que ha pronunciado V. M. contra nuestros hermanos, y nosotros nos reuniremos allí por la noche, porque la iglesia es nuestro patrimonio, y esa es la hora determinada por el concilio de Letran, y no por vuestra voluntad, para celebrar ese género de reuniones.

—Langton, exclamó el rey, mi súbdito y mi buen amigo, ten cuenta con tus palabras que son duras como las de un baron armado y rebelde. Ten cuenta con lo que dices, porque el contagio de las ideas revoltosas conquista á los mas fieles servidores cuando se rodean de malos consejeros. Responde, Langton, qué haces entre estos escombros y con estos hombres armados de picos?

—Señor, contestó el primado, seguimos la pista de un tesoro que sabemos ocultan estas ruinas. Los picos y azadones podian haberlo hecho adivinar á V. M.

—Un tesoro! replicó vivamente el rey; de todo tesoro que se encuentra pertenece la mitad al estado, es decir, al rey.

—Señor, contestó Langton; V. M. participará de él, si le hallamos, y se repartirá entre vos, nosotros y el pueblo inglés.

—Y está en oro, plata ó diamantes? preguntó el rey.

—Es de una materia, tal, señor, que todos los tesoros de la corona de V. M. ni todo el oro del mundo reunido, pueden compararse en valor.

—Entonces, dijo el rey quitándose el sombrero, consistirá en alguna Santa reliquia, estraida quizás de la Tierra Santa y conducida por nuestros hermanos los cruzados.

—Es en efecto una reliquia sagrada, repuso Langton, una reliquia enterrada obscuramente en las ruinas de esta abadía y de la que es preciso que se aproveche toda la Inglaterra.

—Amen, contestó el rey con indiferencia, continuad, hermanos míos, vuestros afanes, y si ha de haber para todo el mundo, no olvidéis guardarme un poco.

—No faltará para V. M. replicó Langton con la vista encendida y la voz sombría.

Sonriendo el rey Juan de la cólera del primado, á quien suponía irritado por su poco respeto hacia la reliquia, picó con la espuela á su caballo y salió al galope para continuar su cacería. Inmediatamente despues, puesto el antiguo monje á la cabeza del clero, penetraba con trabajo por entre las ruinas de la abadía, reconociendo todos los sitios con la mayor escrupulosidad. Todo el clero

le seguía procesionalmente y Langton que no se apartaba de su lado, seguía con ansiedad todos sus movimientos. Dos veces habian dado vuelta á todo el perimetro de las ruinas y examinándolas minuciosamente; ya se escuchaban algunos murmullos de duda y desconfianza, cuando deteniéndose el monje delante de un grande monton de escombros, exclamó de pronto: «Aquí está!» Al punto se hicieron paso los obreros y comenzaron con esfuerzo á desmontar los escombros de aquel sitio; mientras arrodillado todo el clero invocaba el favor del cielo con sagrados cánticos y piadosas oraciones. Al poco tiempo comenzaron los trabajadores á descubrir un pilar del altar mayor que no estaba destrozado, sino solamente enterrado en las ruinas; los cánticos entonces se redoblaron y no habian transcurrido muchos minutos cuando hallaron una gran losa al pie del altar. A fuerza de trabajo consiguieron levantarla y bajo de ella habia una cajita maravillosamente trabajada. Langton la recogió; echó su bendicion á todos los que asistieron á tan piadosa empresa y recompensando generosamente á los obreros, se terminó aquel acto, disolviéndose en seguida la reunion.

Era ya de noche, y casi todos los prelados que por la mañana habian asistido al desentierro de la misteriosa reliquia, penetraban solemne y gravemente en la iglesia de San Pablo, mientras que por otro lado introducía Langton secretamente en la casa primacial, á una porcion de barones y caballeros. Todos tomaron asiento, cada uno en el lugar que le correspondía, y en seguida Langton subió al púlpito de mármol que habia á la derecha



del altar y tomando la palabra comenzó á decir de esta manera:

—Hermanos míos; ninguno de vosotros ignora la causa que nos ha convocado hoy aquí. Si para reunirnos nos valemos del pretexto de la necesidad de deliberar sobre la inhabilitación impuesta por el rey á dos obispos, nuestros hermanos, es porque hemos alcanzado un tiempo en el que no es lícito al clero y á la nobleza reunirse para tratar de los asuntos que conciernen al pueblo de Inglaterra; pero yo confío en que nos perdonará Dios esta superchería, como ha perdonado la que empleó la piadosa Judith para librar al pueblo de Dios de las persecuciones de Olofernes. Sí, hermanos míos; una verdad santa y eterna es, el que el Todopoderoso envía algunas veces á la tierra tiranos cuyo destino es castigar á los pueblos, y otras también para despertarlos de su abatimiento y vergonzosa indolencia. Sí, los envía para castigarlos, porque la vida de un pueblo como la de un hombre debe ser laboriosa y activa, y así como hay hombres que tienen necesidad de verse frente á frente con el helado espectro de la miseria para obligarlos á emplearse en el trabajo, manantial de riquezas, así también hay pueblos que no trabajarían en la obra de su libertad sino se vieran oprimidos y esclavizados por la tiranía. Gracias á Dios para nosotros á tal extremo ha llegado esta necesidad que no existe un inglés libre que desconozca estamos en el caso de que cese semejante situación. Mientras vivió el rey Ricardo, Corazón de León, hemos sufrido la usurpación de nuestros derechos y la entera infracción y olvido de las leyes de San Eduardo y de la carta de Enrique II; entonces la admiración que nos inspiraban sus eminentes cualidades nos suministraba pretexto para sufrirlo; pero hoy no tenemos ya ninguno plausible, ni aun pasadero, con un soberano, con un monarca tal como Juan Sin Tierra. No crean tener necesidad de hacer ahora la enumeración de sus crímenes; cada uno de nosotros ahoga en su pecho el odio que alimenta por efecto de injurias particulares; además que aunque otra causa no le escitara, quien es el que hoy no participa del odio universal que inspira al mundo entero? Usurpador de todas las gerarquías, no intentó apoderarse de la corona que ceñían las sienes de su hermano; mientras combatía este valerosamente por la conquista del Santo Sepulcro? Después de la muerte de Corazón de León, no asesinó en la toma de Ruán, con su propia mano, al heredero del trono su sobrino Arturo? y por este crimen que á los hombres del porvenir se les ofrecerá como un infame asesinato, no ha sido en la cámara de los Pares de Francia sentenciado á muerte? Y á la vergüenza de tener el pueblo inglés un rey juzgado y sentenciado como un malhechor en país extraño, no ha añadido el baldón de su fuga ignominiosa del puente de Bovines, sacrificando al mejor de nuestros soldados, é inutilizando los esfuerzos de la liga que debía humillar la soberbia del rey Felipe Augusto? No quiero ahora mezclar-

me en los pormenores horribles de los rehenes y prisioneros que ha sacrificado injusta é inhumanamente, ni tampoco enumeraros las iglesias y los castillos que ha saqueado y demolido. Qué se han hecho los privilegios de las ciudades y las libertades de los pecheros? Nada ha respetado nunca; ni al grande que pudiera ofrecerle sombra, ni al villano á quien parece que su mirada no debía alcanzar. A nosotros incumbe restituirles sus perdidos derechos; ha sonado la hora de hacerlo porque la medida de nuestras calamidades se ha colmado: estais dispuestos á ello ¿lo queréis así?

Lo queremos; respondieron á un tiempo barones y prelados, confundiendo sus voces en un solo grito.

—Pero, que es lo que queréis exigir al rey Juan? exclamó al punto el viejo conde de Derby, que tenía mas de cien años de edad. Vos y todo el mundo habla de derechos que no conocemos. Las leyes de San Eduardo, ese monumento de los votos de un pueblo y de la sabiduría de un rey, nos han sido arrebatadas por los normandos, de todos los condados en que había archivado algun manuscrito; y por lo que toca á la Carta de Enrique II, sabemos que solo existían de ella tres ejemplares de los que uno ha desaparecido de la Torre de Londres donde se conservaba; el segundo, depositado en Windsor ha sido vendido al rey Juan en mil libras de oro, y el tercero, se presume lo quemaron los flamencos.

—El tercero, existe, vedle aquí; exclamó Langton abriendo la preciosa cajita hallada por la mañana en las ruinas de la abadía. Todos los asistentes, prelados y barones se pusieron en pie, descubrieron sus cabezas y escucharon con la mayor atención y en esta respetuosa actitud, la lectura del precioso manuscrito. Acabada esta, prorrumpieron en entusiasmadas aclamaciones, resolviendo en el acto aquella numerosa asamblea, exigir del rey Juan el restablecimiento de la Carta.

Al día siguiente por la mañana, quinientos caballeros y barones todos revestidos con sus relucientes armaduras y conducidos en sus caballos de batalla, salieron al encuentro del rey Juan, y le detuvieron en una calle de Londres á tiempo que salía á cazar; allí mismo, en aquel momento presentaron su petición. Al pronto el monarca se mostró enojado, pero conociendo que el pueblo que los rodeaba daba muestras de aprobación y felicitaba aunque en silencio por su arrogancia, á los caballeros, fingió calmarse prometiendo con afable sonrisa que en la próxima Pascua examinaría la petición y resolvería lo conveniente. No satisfechos los caballeros, pero si decididos á sostener su derecho y buena causa, se retiraron por un lado mientras que Juan lo hizo por otro meditando el medio de eludir su promesa. Para esto, reunió todo el mayor número posible de bandidos y aventureros flamencos y con algunos señores que se le juntaron, se preparó á sostener la guerra y á castigar la audacia de los rebelados barones. Estos

efectivamente, habiendo reclamado al tiempo oportuno, del rey Juan, el cumplimiento de su promesa, recibieron una respuesta altanera é insolente, y decidieron emplear la fuerza de las armas para conseguir lo que no habían alcanzado con las súplicas y respetuosas peticiones. Obligados á combatir, organizaron un ejército, cuyo mando confirió á Roberto, hijo de Gantier, con el título de mariscal del ejército de Dios. Las dos tropas, la del rey y la de los nobles se avistaron por fin algún tiempo después en un lugar cerca de Windsor. Juan antes de comenzar el combate mandó á Langton que de su orden le acompañaba y que hasta aquí había aparecido como extraño á las pretensiones de los barones, que permaneciese á su lado. En seguida convocó el monarca á todos los gefes y capitanes de su tropa, y cuando los tuvo reunidos se situó en el centro con el prelado, que sostenía en sus manos el cofrecillo estraido de Greenwich. El rey Juan comenzó á arengar á sus soldados de esta manera:

—Os he congregado en este momento, con objeto de que os penetreis de la justicia de mi causa, mirandola bendecir por el mas venerable de los prelados de nuestra Iglesia, y para que escuchéis la maldición lanzada sobre nuestros enemigos; es decir sobre la tropa y los caudillos de los revoltosos. Sin embargo del esfuerzo que debe infundiros esta seguridad, la convicción de que defendéis la causa de la razon y de la justicia, cada uno de vosotros participará ahora mismo de un sagrado y poderoso auxilio; de un fragmento de reliquia que os hará invencibles é invulnerables, si con fé y corazon sincero la aceptáis.

Acabadas estas palabras se mostró Langton á las miradas del ejército desde una pequeña eminencia, y en el mismo instante los semblantes de todos espresaron á un tiempo el entusiasmo que les producía la presencia del venerable prelado.

—Si, señores Langton, aquí he venido para bendecir y maldecir; para bendecir á los justos y maldecir á los malos. Los justos son aquellos que quieren para todos la justicia; los malos los que solo desean dar á sus pasiones rienda suelta y su personal satisfacción. Los que al introducir la mano en su pecho, se consideren justos, escuchennme atentamente, porque aquí tengo y poseo su ley y su salvacion.

Preclitadamente abrió el cofrecillo, sacó la carta de Enrique II, y comenzó á leerla. Juan que nunca habia concebido la menor sospecha del primado, no comprendió al pronto su objeto, ni á que punto se proponia venir á parar; mas sin embargo, distintas veces quiso interrumpirle y siempre fué protegido por un murmullo de aprobación de los nobles, cuya mayor parte por primera vez escuchaban la relacion de los derechos que habían perdido; ultimamente terminada la lectura esclamó con acento solemne.

Bendición, hermanos míos, á los que deman-

den y defiendan esta ares santa; maldición á los que contra ellos agiten un acero esclavo, mercenario é impío. He aquí la libertad; he aquí la sagrada reliquia que se os ha prometido; el que con fé y corazon sincero la acepta, será invencible.

Oh traidor! gritó Juan, lanzandose sobre Langton con la espada desnuda.

Y bien! contestó con impasibilidad el primado, no prometí á V. M. dividir con vos y con todo el buen pueblo de Inglaterra esta santa reliquia.

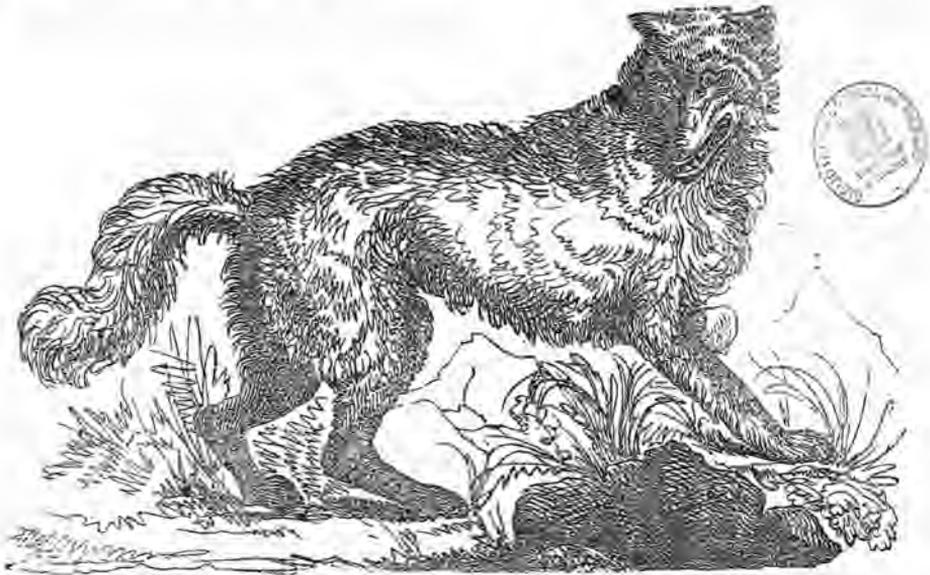
En tanto los barones que habían seguido al rey se interpusieron entre este y el primado. En seguida sin hacer caso de las exortaciones del monarca se pasaron con sus hombres de armas al bando de sir Roberto. Viendose solos los flamencos se dispersaron, y se quedó Juan por espacio de mas de media hora en medio de la llanura acompañado tan solo de siete caballeros. En tal apuro decidió regresar y encerrarse en Londres; pero el conde de Pembroke salió á su encuentro para noticiarle que la ciudad se había sublevado en favor de los barones. Aun no desesperó de su causa el rey y envió al conde para parlamentar con el ejército; mas este rehusó escuchar proposición de ninguna clase, si antes y al instante mismo no firmaba la gran Carta. Sin medio de eludir la transacción de esta exigencia, convino en ello, y al punto los gefes principales del ejército acudieron con el mayor respeto á ofrecerle sus espaldas. Un sin número de correos partieron al galope para noticiar á varios puntos lo que ocurría, y sobre todo á Londres; advirtiendo de paso al clero, á la nobleza y pueblo de la ciudad, que la pradera conocida con el nombre de Runmeida, próxima á Windsor, era la designada para la solemne ceremonia. Recibida tan fausta nueva, salió en tropel de la ciudad el pueblo alborozado, y sin orden ni invitacion de nadie, construyó en la misma pradera é inmediato á una inmensa roca, un estenso anfiteatro.

De otra parte acudia el ejército triunfador con sus victoriosos estandartes desplegadas, mientras que el clero procesionalmente y con la cruz y los cirios venia á presenciar y autorizar el solemne acto. Todos reunidos ya y en presencia de un pueblo inmenso, subió el rey Juan al estrado en el que había erigido un trono; de manos de Langton tomó la Carta que contenia el cofrecillo, y después de leer en alta voz todos los articulos, juró sostenerlos y firmó el manuscrito. Desde este día á su advenimiento al trono, todos los monarcas ingleses han firmado la Carta, baluarte en este pais de la libertad, contra la usurpacion de sus soberanos.

Ahora debemos hacer observar al lector que esta Carta, por mas que la espresion inglesa la califique de baluarte de su libertad, no contenia en la época de que tratamos, ni reconocia mas, que los derechos de los nobles y los privilegios de algunas ciudades; y solo al cabo de cincuenta años después, fué cuando habiendo cogido prisionero al rey Eduardo, el conde de Leicester, y pretendiendo legitimar con la popu-

laridad su usurpacion, hizo un llamamiento á los condados y á las villas, y los autorizó para que eligiesen dos diputados que debian mantener y ocupar en el parlamento el rango de caballeros.

De esta época data la primera y debil existencia de la cámara de los comunes, verdadero baluarte hoy de la libertad inglesa.



**Lobo de las regiones árticas.**

## LA TINTORELLA.

El magnífico cuadro de Leon Cogniet, el *Tintoret pintando á su hija muerta*, es una página dolorosa de la historia de Venecia en el siglo XV, cuando Venecia disputaba con Ticiano, el cetro de la pintura á Florencia y Roma, y cuando el Bucefalo, rey del Adriático, era el rey de los mares.

No era, pues, una ficción, un asunto imaginario que el pintor pudo poetizar á su antojo; si no mas bien un asunto histórico que exigia fidelidad histórica.

La linda Tintorella, acostada muerta delante del artista se asemeja á una pobre virgen de diez y siete años, á una Atala candorosa, y el Tintoret no tiene en este lienzo mas que cuarenta ó cincuenta años.

Este es un error. Maria Robusti, su hija, nació en 1560, y murió en 1590, á la edad de treinta años. Jacobo Robusti, su padre, tenía entonces 78 años, puesto que habia nacido en 1512.

Sábase que Jacobo Robusti, llamado el Tintoret, por que su padre era tintorero en Venecia, fué primero discípulo del Ticiano, quien muy luego asustado por su talento, le cerró su escuela.

El Tintoret murió en toda su gloria á la edad de 82 años; pero en los cuatro años que pasó

desde la muerte de su hija, habíase apoderado de su corazón una melancolía profunda, y continuamente se le veia triste, pensativo y silencioso. Encerrábase semanas enteras para pintar y llorar, para llorar á su Tintorella querida, que tan pronto le habia sido arrebatada.

La Tintorella era una sobresaliente y noble artista, casi tan sobresaliente como su padre. Amábala este con un amor infinito: ella era toda su felicidad, toda su alegría.

Los elogios que á sus obras tributaban, le eran mucho mas dulces que los laureles que ceñían su frente.

Su hija y él no formaban mas que una sola alma. El uno adivinaba el pensamiento de la otra, y ambos se consolaban de las injurias y de la envidia, de que no se libran jamás los grandes nombres.

Cuando habian trabajado bien, la joven venia á sentarse sobre las rodillas del anciano; reian y charlaban juntos; y pasaban los días y las noches repartidos entre el amor filial, el amor paterno y el amor al arte.

Cuando el Tintoret, siempre perseguido por rivalidades envidiosas, volvía triste á su casa, su hija, tan buena música como buena pintora, se sentaba al clave, y sus lindas composiciones encantaban y tranquilizaban al anciano.

Toda la nobleza de Venecia se hizo retra-

tar por la Tintorella, que en este género sobresalía mas que el mismo Ticiano; el emperador Maximiliano, el rey de España Felipe II, el archiduque Fernando le invitaron con instancia á venir á sus respectivas c6rtés; pero siempre rehus6 estas ofertas por no abandonar á su padre, demasiado anciano ya para acompañarla á las c6rtes extranjeras.

Muchos nobles y apuestos caballeros sollicitaron la mano de Tintorella; pero ella rehus6 todos los homenajes, no pudiendo soportar la idea de abandonar un instante la casa de su padre.

Sin embargo, uno de ellos, llamado Esteban Belgioso, logr6 obtener de ella una palabra de esperanza. Durante diez años se le vi6 rondar bajo los balcones de su amada, sin que una palabra amiga se desprendiese de los labios mudos de la joven artista: durante diez años la sigui6 de lejos en los paseos, en la iglesia; le dirigi6 billetes tiernos y respetuosos, y durante diez años no pudo oír una palabra de amor que compensase tantos tormentos y vigillas.

Un acontecimiento fortuito pudo solo enternecer el corazon puramente filial de la severa artista.

Descubriase un dia, en una de las galerías de San Marcos en Venecia sobre el mérito de un retrato del Dux, pintado por la Tintorella; los pareceres estaban como siempre, divididos; quien censuraba el colorido, quien la expresion, quien el ropaje, quien la actitud, y enfrente de estos ignorantes detractores, veinte artistas se estasiaban delante de la hermosura del conjunto y perfeccion de los detalles. Lleg6 despues un caballero, que desde luego juzg6 detestable la obra, neg6 completamente la habilidad que se atribuía á la artista que la habia ejecutado, y hasta se propus6 á proferir algunas palabras ofensivas á la Tintorella; de este modo continuaba sus observaciones malignas, cuando un jóven que todo lo habia escuchado, arroj6 su guante al rostro de aquel juez insolente.

Seguramente en Venecia, bajo el cielo de la cálida Italia, las espadas no se empuñaban en la vaina; así que en el acto, ámbos jóvenes se dieron una cita para aquella noche en las playas del Lido.

En efecto, aquella misma noche, á la luz de las estrellas, el choque de dos espadas fué reflejado en el Adriático, trabándose un combate á muerte entre los dos mas valientes caballeros de Venecia.

El duelo dur6 mucho tiempo, pero en fin un cuerpo cay6 pesadamente sobre la arena; el cuerpo fué trasladado á una góndola, y pronto no se oy6 mas que el ruido de los remos y el canto lejano de los gondoleros.

Esteban Belgioso, que habia querido defender la gloria y la virtud de la Tintorella, acababa de ser herido de una gran estocada, pero vivía aun. Al dia siguiente se divulg6 en Vene-

cia la aventura, y pronto llegó hasta los oídos de la inocente autora de la contienda.

Conmovida la Tintorella con tanta abnegacion, envi6 á su padre al lecho del pobre Belgioso, para decirle que viviese todavía y esperase.

Belgioso comprendió, estrech6 la mano del anciano, pero meneando la cabeza contest6 con balbuciente voz y dolorosa sonrisa: «Ya no es tiempo.»

En efecto, la herida era mortal, y algunos dias despues, Belgioso espir6 pronunciando el nombre de la que tan cruel habia sido para él, para él que tanto la amaba.

Esta triste aventura llen6 de triste melancolía los últimos años de la artista. Su mismo padre, su padre á quien ella amaba mas que á Belgioso, apenas pudo volver á disfrutar sus antiguas caricias y tiernas sonrisas.

A pesar de todo, á pesar de ese amor religioso, apasionado, que profesaba al anciano, el amor filial tuvo que ceder un lugar en su corazon á la memoria de su infortunado amante.

La triste Tintorella murió en 1390, y toda Venecia honró sus funerales.

A pesar de su terrible dolor, el Tintoret tuvo bastante ánimo para pintar á su hija muerta.

Pobre padre! cuanto debió sufrir al trasladar al lienzo aquella cabeza pálida, inanimada, que tantas veces habia reposado sobre su corazon!

Felizmente la religion lo sostuvo, y vivió todavía cuatro años en la afliccion mas profunda, pero tranquilo y resignado, sabiendo que pronto lo reuniría Dios á su virgen adorada.



**La Natividad de los pájaros.**—Es costumbre en las provincias mas septentrionales de Suecia arrojar el dia de la Natividad del Señor algunos granos de trigo enteros, al rededor de las casas, y en las plantaciones y tierras mas próximas á las moradas de los habitantes de aquel país. Los pajarillos que en la cruel estacion en que se celebra el dia de la Natividad, particularmente en las latitudes del norte, apenas encuentran algun grano que les sirva de mezquino alimento, saludan el benéfico influjo de este dia, y lo celebran por ser para su existencia de inestimable valor. Cuando algun extranjero les pregunta, pidiendo explicacion de esta rara y antiquísima costumbre, contestan: «que es preciso que todos los seres vivientes se alegren y celebren el aniversario del dia en que Cristo se dign6 descender entre los mortales.»

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,

DE D. F. DE P. HELLADO.—EDITOR.

Calle del Sordo núm. 11.